

UN CAFÉ CON DON EDMUNDO

GERMAN DEHESA

Hacia 1965, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM era algo muy parecido al paraíso terrenal: excelentes maestros, intensa vida estudiantil, alumnos bien preparados y —lo que en mi caso era particularmente emocionante— una vasta y aromada sobrepoblación femenil. Los que militábamos en el escaso sector masculino vivíamos, para decirlo con palabras de Proust, a la sombra de las muchachas en flor. Nuestros únicos rivales eran unos cuantos advenedizos que viajaban desde Ingeniería o Derecho (todos con cara de futuros presidentes) y que eran pronta y fácilmente repelidos dada su tosquedad espiritual. La competencia sería estaba dentro de la misma Facultad y la constituían los maestros. Ante ellos, estábamos perdidos. Nuestros ingenuos y provincianos 20 años, poco podían hacer frente a la sapiencia, el misterio, la facilidad de palabra y la cultura de esos maestros otoñales que provocaban suspiros y paroxismos con la mera lectura de un poema de Miguel Hernández, o el enunciado de una cita de Hegel (¡papacito! decían mis compañeras en voy muy baja y es claro que no se referían a Hegel). Dos maestros en particular hacían enormes estragos en aquellas gacelas que nosotros considerábamos nuestro harén particular: Luis Rius y Edmundo O'Gorman. Los dos eran excelentes maestros; de los dos aprendí muchísimo y los dos han muerto ya. Estas palabras que tramo ahora quisieran ir en busca de Rius que me enseñó que "no se puede vivir como si la belleza no existiera" y pretenden evocar la elegancia, la lucidez, la exacta ironía y el firme y discreto amor a México de Don Edmundo O'Gorman.

Todo esto nace de un franco acto de provocación de Federico Reyes Heróles. Sin agresión previa de mi parte, Federico me envía una carta donde me invita (manita de puerco incluida) a incorporarme a una reflexión colectiva sobre uno de los libros más intensos y polémicos de Edmundo O'Gorman: México, el trauma de su historia. Vinieron luego las negociaciones y puse en la mesa mi mejor carta: yo no soy historiador; yo sólo fui, y de algún modo soy, alumno de O'Gorman y durable gozador, no tan sólo de su emocionante curso de "Filosofía de la Historia", sino de esas inacabables tertulias que, al finalizar la clase, Don Edmundo organizaba en torno suyo en un lugar de avenida Revolución llamado "Sajonia" (cuyo dueño de origen alemán tuvo que vivir la honda pena de ver cómo su germánico enclave se convertía en "La Petit France"). Pues ya está, dijo Federico, yo te envío fotocopia del libro de O'Gorman, tú lo lees y redactas unas páginas en las que mezcles tus recuerdos con tus opiniones sobre la obra ¿sale? (pues va saliendo). Toda mi vida he sido víctima de amigos carismáticos que tienen perfecta noción de lo que yo debo hacer en la vida. Y aquí me tienen, con la imagen nítida y fresca de México, el trauma de su historia, y con los recuerdos en fuga del O'Gorman oral. Mi tarea, creo entender, es conciliar al escritor que conozco y aprecio con el maestro que tanto me dio y con el hombre a cuya vida apenas me asomé (me entristece ahora el hecho de no haberme acercado a Don Edmundo en sus últimos años. Yo lo veía pasear por las calles de San Ángel, erguido, elegante y solitario. Podría haberlo abordado. Mi sólida timidez y lo espeso de su aura de soledad se combinaron para que esto no sucediera. Conservo exclusivamente una especie de daguerrotipo: contra un atardecer de San Ángel, queda fija

la imagen de un mundano y otoñal caballero que ha sacado a pasear a su perrito y a sus ideas; en esta imagen todo se ha ido opacando salvo la intensa e irónica mirada).

Tucídides, San Agustín, Vico, Herder, Hegel... todos estos nombres serían, para mí, calles y templos de Polanco, de no ser por el magisterio de O'Gorman que poseía en grado altísimo lo que él mismo llamaba "el eros pedagógico" (la pasión y la capacidad para enseñar). Aquí encuentro un contacto definitivo entre el O'Gorman oral y el O'Gorman escrito; en ambos casos, su capacidad de comunicación, de seducción y de provocación son inmensas. Don Edmundo detestaba a los alumnos dóciles que lo escuchaban como al Oráculo y apuntaban sin chistar hasta las pausas del magíster. Creo que esto es extensivo a los lectores de su obra que tampoco pueden ser dóciles y sumisos. En la clase y en la tertulia a O'Gorman le encantaba decir

barbaridades (reales o aparentes), poner sobre el tapete alguna heterodoxia, o algún punto de vista novedoso que venía a desarmar tal o cual dogma de los historiadores consagrados. Presente histórico (la escena ocurre en "El Sajonia"), O'Gorman dice: no me gusta el último libro de poemas de Luis Rius, me parece ingenuo y apresurado... (silencio largo; Don Edmundo con sus ojos como de musgo luminoso nos escudriña a todos y muy en particular, al personal femenino)... Una voz varonil (aunque quebrada) dice de pronto: pues a mí sí me gustó... ¿Ah, sí? ¿Cómo se llama usted?... Dehesa. Ese no es nombre... Germán, me llamo Germán, maestro. ¿Y por qué le gustó el libro de Rius? ...Pues por esto y por aquello y por lo otro... ¿De veras? Si, maestro, yo creo que Rius es un gran poeta... Digamos que es poeta y basta; en realidad a mí el libro me pareció encantador y lleno de una muy legítima ingenuidad; me encantó, pero me encanta más discutir y encontrar interlocutores con un mínimo de inteligencia (yo —o mi mínima inteligencia— reciben una breve mirada consagratoria). O'Gorman escribe (esto ya no ocurre en "El Sajonia"): el trauma de la historia de México nace de su contradictoria voluntad de aspirar a lo sajón sin renunciar a lo hispánico; de querer serlo todo sin haber plenamente algo; de desear los beneficios de la modernidad, pero no ser realmente modernos; de intentar la imposible síntesis entre la contrarreforma (su origen) y la reforma (su aspiración). Estas son sus tesis centrales. Alrededor de cada una de ellas, O'Gorman argumenta con brillantez libre de prejuicios y articula en magnífica prosa su apasionado razonamiento acerca de la llaga central del espíritu mexicano. Como en sus lecciones y en sus pláticas, en sus libros, O'Gorman no solicita lectores rendidos (lectores-hembra los llamaría Cortázar); necesita lectores dispuestos a contrariarlo, a someter a la crítica sus afirmaciones, a provocar la siempre postergada discusión que nos permita esclarecer, más allá de la historia oficial, los ejes y las líneas de fuerza fundamentales (y fundadoras) de nuestra historia. Por supuesto (me consta) que O'Gorman admite el disentimiento inteligente. Lo que

es inadmisibile para todos es la ignorancia; la ausencia de lectura; el pecado capital de permitir que una obra tan viva, tan polémica y tan enriquecedora como México, el trauma de su historia, sea ahora materia del olvido; el mero hecho de que este libro no haya circulado como merecía; no haya sido discutido despaciosamente y serenamente, ni mucho menos apreciado es ya otro trauma en la historia de México.

Voy terminando. La última vez que vi a Don Edmundo, fue en el patio de un hermoso edificio del Centro Histórico. Era de noche y la UNAM le concedía un premio a su maestro emérito. Yo miraba todo, acodado en el barandal del segundo piso; una luz cayó sobre Don Edmundo que habló con el encanto y la lucidez de siempre; aún recuerdo lo último que dijo (eran los tiempos en que, muy sartreanamente, la moda exigía que los académicos se lanzaran a vociferar por las calles): Estoy convencido de que lo mejor que

puedo hacer por mi país es permanecer en la biblioteca y escribir, dentro de mis capacidades, el mejor libro. Gracias, Don Edmundo; no se puede vivir como si la inteligencia no existiera.